

JUAN ANTONIO CEBRIÁN presenta la
BREVE HISTORIA de...

ALEJANDRO MAGNO

Charles E. Mercer

**NUEVA
EDICIÓN**
Revisada y
Ampliada

Vida y hazañas del valiente y despiadado rey, el más brillante estratega militar del Mundo Antiguo. Un viaje extraordinario por las cortes y los campos de batalla siguiendo la estela del magnífico conquistador.

BREVE HISTORIA DE ALEJANDRO MAGNO

BREVE HISTORIA DE ALEJANDRO MAGNO

Charles E. Mercer



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de Alejandro Magno

Título original: The ways of Alexander the Great

Autor: © Charles E. Mercer

Traducción: Sandra Suárez Sánchez de León para Grupo ROS.

Edición original en lengua inglesa:

© 2004 American Heritage Inc.

Edición en el idioma español:

© 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró

Diseño del interior de la colección: JLTV

Maquetación: Claudia R.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o

su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-852-4

Libro electrónico: primera edición

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1: La primera misión

Capítulo 2: Un aspirante a rey

Capítulo 3: General del ejército

Capítulo 4: La marcha sobre Asia

Capítulo 5: Por tierra y por mar

Capítulo 6: Alejandro, el dios

Capítulo 7: La persecución de Darío

Capítulo 8: El nuevo Gran Rey

Capítulo 9: Otro mundo que conquistar

Capítulo 10: La muerte del hombre

Bibliografía

Prólogo

Alejandro Magno fue, sin duda, el hombre más influyente del mundo antiguo. Sus innegables dotes para el mando y su brillante carisma personal le condujeron en compañía de su ejército a la consumación de una gesta propia de los héroes mitológicos de los que tanto aprendió gracias a su mentor Aristóteles.

En un periodo de apenas once años conquistó 3.885.000 kilómetros cuadrados, si bien ese inmenso imperio resultó tan efímero como la vida del que lo forjó.

En la primavera del año 334 a.C., el ejército macedonio inició la ofensiva sobre Persia. El objetivo esencial se centraba en la recuperación de las antiguas colonias establecidas en Anatolia. Ciudades como Mileto, Éfeso o Halicarnaso sufrían los rigores de la ocupación persa; no olvidemos que los griegos mantenían el viejo sueño de infringir una humillación al ancestral enemigo oriental desde los tiempos lejanos de las guerras médicas acontecidas un siglo y medio antes. En esas contiendas el imperio persa estuvo a un paso de anexionarse toda Grecia y eso no lo olvidaban los orgullosos griegos, quienes ahora, por fin, bajo el mando de Alejandro Magno se encontraban en condiciones de devolver el golpe.

El ejército macedonio estaba integrado por unos 35.000 efectivos de los que 30.000 eran infantes, mientras que otros 5.000 conformaban la caballería. Eran tropas bien entrenadas y con una disciplina inusual para su época. En pocos días cubrieron los casi 500 kilómetros que les separaba de Helesponto, en los Dardanelos, y desde allí saltaron al continente asiático sin ser molestados por el asombrado ejército persa. Una vez puesto pie en tierra, Alejandro Magno clavó su lanza en el suelo exigiendo la propiedad de aquel Imperio.

Por su parte Darío III había menospreciado la empresa griega y, desatendiendo los consejos de sus generales, dejó pasar a los macedonios confiado en su potente maquinaria bélica con la que pensaba borrar de un leve soplido la insolencia de ese jovenzuelo casi desconocido por entonces.

Las falanges macedonias pronto se hicieron notar con acciones eficaces que derrotaron sin apenas esfuerzo a los ejércitos locales pésimamente dirigidos por los sátrapas persas; en todo caso, la diversión no satisfacía al valiente Alejandro quien buscaba decididamente el choque frontal con el inmenso ejército enemigo.

En estos primeros meses de campaña sucedieron algunas situaciones dignas de ser contadas; por ejemplo, cuando nuestro protagonista viajó a la emblemática Troya, ciudad ampliamente difundida en los poemas homéricos que con tanto amor Alejandro había devorado desde niño a instancias de su maestro Aristóteles. Una vez llegado a ese lugar ofreció sacrificios y rindió honores en la tumba del guerrero Aquiles —del que se creía descendiente directo—. Cuentan que un emocionado Alejandro se desprendió de su escudo de combate para tomar otro proveniente de la legendaria guerra troyana; después de esto, dicen que se sintió fuerte para conquistar el mundo.

También es digna de reseña la famosa anécdota del *nudo gordiano*. Gordión era la capital del reino de Frigia. Su nombre provenía de un mítico rey, quien pasó de

carretero a monarca por una carambola del destino. En la ciudad quedaba, como recuerdo imperecedero de su fundador, un carro en el que se podía contemplar el nudo más enmarañado de la tierra. Bajo él se leía en una inscripción que aquél que lograra desenredarlo dominaría Asia. Durante decenios fueron muchos los que intentaron resolver el problema; sin embargo, nadie consiguió el ambicioso propósito hasta que, por fin, un buen día llegó el contingente macedonio con su rey Alejandro en la vanguardia. Pronto, la curiosa historia fue conocida por el Magno quien, deseoso de obtener buenos augurios para su campaña, se acercó al lugar de la profecía; una vez allí miró con detenimiento el imposible nudo de cuerdas, desmontó y con paso firme se aproximó al centro del enigma. Sin dudar, desenvainó su espada con la que dio un certero golpe que cortó de un tajo el nudo dejando la incógnita resuelta. La contundente acción del Magno provocó la sonrisa entre sus generales a los que dijo: “poco importa la forma de resolverlo; cierto es que yo dominaré Asia”.



Alejandro corta el nudo gordiano, por Jean-Simon Berthélemy (Escuela de Bellas Artes, París).

Mientras esto sucedía Darío III empezaba a tomar en serio la amenaza macedonia; sus tropas habían sido aplastadas en la batalla del río Gránico lo que originó que el propio emperador asumiera personalmente las riendas de aquél incómodo asunto.

En el año 333 a.C., se movilizaba uno de los ejércitos más impresionantes de toda la historia antigua. El objetivo no era otro sino detener la invasión protagonizada por los macedonios. Es difícil establecer valoraciones precisas sobre las dimensiones del ejército persa, por tanto, me veo obligado a fijar una horquilla que irá desde los 200.000 efectivos al millón que aseguran las crónicas más optimistas.

Darío III eligió para el combate contra Alejandro un lugar sito en la frontera sirio-turca junto al río Isso. El mismo emperador dirigió la enorme mole guerrera en la confianza de ver derrotado al desafiante rey Alejandro de Macedonia.

En noviembre de ese mismo año las dos formaciones se encontraron, dando paso a un combate breve pero descomunal que acabó con la derrota total de los persas.

La inferioridad numérica macedonia fue suplida con creces gracias a la estrategia envolvente desarrollada por el líder heleno. En efecto, los flancos griegos superaron el cuerpo principal del ejército persa sometiéndolo a una agobiante presión que desembocó en desbandada general, incluido el propio Darío III, quien escapó de forma cobarde dejando abandonada a su familia con un tesoro real de 3.000 talentos de oro de los que se apropió un Alejandro extrañado por la poca resistencia ofrecida en Isso por su enemigo. Los persas sufrieron unas 100.000 bajas frente a unos pocos cientos de macedonios.

El botín apresado en Isso superaba cualquier expectativa por parte macedonia: no solo se capturaba buena parte de la maquinaria bélica persa sino también magras riquezas y la propia familia real, incluidas hijas, esposas y madre de Darío III. El trato otorgado a estas últimas fue ex quisito, hasta tal punto que, desde entonces, las féminas abandonadas por el emperador acompañaron al rey macedonio en todas sus expediciones.

Tras el desastre de Isso, los persas se replegaron en el afán de reorganizarse dispuestos a de volver el golpe sufrido a manos griegas. Alejandro sabía que su enemigo seguía siendo muy poderoso; si pretendía dominarlo no podía concederle ni un solo respiro. Con ese fin optó por la medida más inteligente: ocupar las diversas posesiones mediterráneas que daban fortaleza al imperio oriental. Los nuevos objetivos pasaban por un rápido avance sobre Fenicia y Egipto. Si se conseguía la anexión de estos vitales territorios, las tropas de Darío III quedarían sin salida al mar y, en consecuencia, a merced de las falanges griegas.

Alejandro Magno ordenó el asedio y conquista de Tiro, la antigua capital de Fenicia y principal puerto del imperio persa. La plaza se levantaba sobre un islote separado de la costa por unos 800 metros de distancia; esta forma fenicia de construir sus ciudades en islas cercanas al litoral obedecía a una incuestionable estrategia defensiva, dejando que el mar sirviera de foso protector ante cualquier ataque hostil.

Alejandro, carente de una flota de combate, volvió a lucir su talento una vez más ordenando la construcción de una rampa de piedras y arena que condujera hasta Tiro. En la laboriosa obra se emplearon no solo los combatientes griegos sino también miles de lugareños dispuestos a echar una mano en la expulsión de aquellas tierras de los odiados dominadores persas. Los tirios no estaban dispuestos a entregarse sin lucha. Durante los siete meses que duró el asedio lanzaron contraataques desesperados intentando

evitar el avance de la calzada macedonia. Todo resultó infructuoso ante la tenacidad de las huestes alejandrinas: barcos flamígeros, nubes de flechas o arenas incandescentes no pudieron pa rar el empuje griego. Cuando el improvisado mue lle to có las murallas de Tiro, Alejandro or denó un asalto en toda regla; él mismo encabezó el ataque siendo de los primeros en saltar sobre las defensas de la agónica ciudad que tardó muy poco en caer, siendo entonces sometida a la rui na y destrucción con la mayoría de sus habitantes pasados a cuchillo por los atacantes macedonios.

Tras la sanguinaria ocupación de Tiro, Ale jandro dirigió sus tropas hacia el sur donde se encontraba el esplendoroso Egipto. Sin embargo, en esta ocasión, apenas se produjo una mínima re sistencia armada, dado que los egipcios no deseaban seguir bajo el yugo persa y esto propició que el ejército macedonio fuera recibido como liberador y su líder Alejandro considerado hijo de los dioses. De esta manera nuestro protagonista entraba de forma triunfal en aquel país referencia del mundo antiguo. Una de las primeras medidas adoptadas por el genio griego fue la de respetar costumbres y religión de los egipcios, lo que le granjeó innumerables adhesiones en un tiempo que el propio Alejandro describió como el más feliz de su vida. Viajó a Menfis, capital religiosa de Egipto, donde se postró ante la figura de Amón. Esta circunstancia animó a los sacerdotes a proclamarle descendiente de la poderosa deidad egipcia. En esos meses se trasladó a varios lugares emblemáticos del país del Nilo, entre ellos Siwa, santuario sito cerca de la frontera de la actual Libia, donde Alejandro Mag no fue nombrado faraón de Egipto. La suntuosa ceremonia y el amor demostrado por los egipcios conmovió de tal manera al rey griego que ordenó la construcción de varias obras que inmortalizaran su estancia en aquel lugar tan luminoso. Surgió Alejandría, cerca de la desembocadura del Nilo, ciudad magnífica llamada a ser

capital del Mediterráneo y depositaria del mayor legado cultural del mundo conocido gracias a la ensoñadora biblioteca donde se albergaron más de 700.000 rollos escritos, el equivalente a unos 100.000 libros de nuestros días. También se levantó, por orden de Alejandro, una imponente torre de señales marítimas en una isla llamada Faros, de la que posteriormente tomarían el nombre las futuras edificaciones que con idéntico propósito se fueron creando.

La placentera vida egipcia no distrajo, sin embargo, la atención de Alejandro Magno sobre su principal reto conquistador en Oriente iniciando los preparativos guerreros que le condujeran con garantías hacia el norte, donde le esperaba Darío III quien, por fin, había conseguido organizar un nuevo ejército aguardando la batalla definitiva contra los griegos.

En el año 331 a.C., llegó el ansiado acontecimiento cuando las dos formaciones bélicas se encontraron en Gaugamela, lugar enclavado en las cercanías del río Tigris a unos 55 km de la importante ciudad de Arbela y muy próximo a las ruinas de Nínive. En ese lugar los persas situaron unos 100.000 infantes y 34.000 jinetes que en total triplicaban al ejército dirigido por Alejandro Magno quien contaba con 40.000 infantes y 7.000 de caballería. Además de la superioridad numérica los persas disponían de 200 carros de combate guadañados y 15 elefantes de guerra, si bien estos últimos no participaron en la posterior acción.

El 1 de octubre los dos ejércitos chocaron violentamente. Una vez más, la disciplina y tenacidad macedonias obtuvieron una brillante victoria sobre las tropas persas. La inteligencia de Alejandro brilló ese día con fulgor inusitado intuyendo todos los movimientos del enemigo y participando con presteza siempre que era necesario en los escenarios principales de la batalla. La estrategia y táctica desarrollada por el Magno

desarbolaron cualquier espíritu combativo de los mejores generales del imperio persa quienes, tras ver como Darío III huía nuevamente del campo de batalla, abandonaron la lucha perdiendo miles de efectivos, todos los carros y la poca moral que quedaba en las filas de aquel maltrecho y desangelado ejército.

Después de la victoria de Gaugamela a los macedonios no les quedó más que ir tomando, una tras otra, las principales ciudades persas. De esa manera Babilonia, Persépolis, Susa y otras se rindieron ante el empuje griego. Alejandro Magno era aceptado como nuevo dueño y señor de Oriente mientras seguía persiguiendo al escurridizo Darío III quien no tuvo mucha suerte, ya que fue asesinado en el año 330 a.C. por una conjura de sus generales a los que Alejandro cazó sin miramientos, a fin de evitar posibles candidatos al trono imperial. Finalizada la tarea, toda Persia se doblegaba rindiendo tributo al hombre más poderoso de la Tierra. Tenía veintiséis años y todavía ambicionaba conquistar lo que quedaba del mundo conocido.

Tras la muerte de Darío III y sus conjurados ase sinos, el camino quedaba expedito para el triunfal Alejandro. No obstante, este seguía siendo, de alguna manera, aquel muchacho rebelde e ingenioso que abandonara Macedonia pocos años atrás. Sus hombres le seguían con fe ciega y casi fanática; razones no les faltaban, ya que nuestro héroe sabía utilizar con astucia extrema todas las dotes del buen comandante militar. Se entrenaba, luchaba, comía y bebía al lado de sus guerreros, estos le identificaban como uno de los suyos y eso, sin duda, facilitaba enormemente las cosas en ese tiempo de incertidumbres. Bien es cierto que si el macedonio estaba lleno de virtudes, también ofrecía algunos defectos. Por ejemplo, el sentirse un elegido de los dioses. Este pequeño detalle le empujaba con frecuencia a cometer algunas tropelías sobre sus soldados incluyendo a los mejores